

# Lineamientos para la educación cristiana desde el magisterio de san Juan Pablo II

*Luis Madrazo, L.C.*

*Licenciado en teología moral y en ciencias religiosas por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

## Introducción

**J**uan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris consortio*, recordaba a los padres cristianos que, en virtud del sacramento del matrimonio, su misión educativa queda consagrada también a la educación cristiana de sus hijos:

Para los padres cristianos la misión educativa, basada como se ha dicho en su participación en la obra creadora de Dios, tiene una fuente nueva y específica en el sacramento del matrimonio, que los consagra a la educación propiamente cristiana de los hijos, [...] y los enriquece en sabiduría, consejo, fortaleza y en los otros dones del Espíritu Santo, para ayudar a los hijos en su crecimiento humano y cristiano<sup>1</sup>.

La educación cristiana debe ayudar al hombre a responder a las preguntas que se le presentan a su inteligencia y a afrontar las tentaciones que se le ofrecen a su sensibilidad. Una correcta educación cristiana debe adelantarse a las dificultades que debe enfrentar el hombre en todas las etapas de su vida para ayudar a prevenirlas. También debe ayudar a los jóvenes a cultivar los hábitos que les permitirán fortalecer su voluntad y evitar que esta ceda ante los reclamos seductores del mundo, sobre todo durante la adolescencia<sup>2</sup>.

Una buena educación cristiana debe buscar que los jóvenes se sientan protegidos y amados. Por ello, la educación cristiana no puede reducirse a fórmulas o procedimientos. El cristiano tiene necesidad de un continuo apoyo sobrenatural que encontrará en la oración y en los sacramentos. La

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 38, en AAS 74 (1982), 81-191. De ahora en adelante se citará como *FC*. Las traducciones al español están tomadas de [www.vatican.va](http://www.vatican.va).

<sup>2</sup> Cf. P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla luce del Vaticano II*, Elledici, Colle Don Bosco (Asti) 1966, 35.

educación cristiana también debe iluminar la inteligencia con los motivos que regulan los comportamientos religiosos y con los motivos que regulan los comportamientos cristianos, que son tan contrastados por el mundo<sup>3</sup>.

Los padres están llamados a exponer a sus hijos los contenidos necesarios para su crecimiento cristiano y eclesial:

La misión de la educación exige que los padres cristianos propongan a los hijos todos los contenidos que son necesarios para la maduración gradual de su personalidad desde un punto de vista cristiano y eclesial. Seguirán pues las líneas educativas recordadas anteriormente, procurando mostrar a los hijos a cuán profundos significados conducen la fe y la caridad de Jesucristo. Además, la conciencia de que el Señor confía a ellos el crecimiento de un hijo de Dios, de un hermano de Cristo, de un templo del Espíritu Santo, de un miembro de la Iglesia, alentará a los padres cristianos en su tarea de afianzar en el alma de los hijos el don de la gracia divina<sup>4</sup>.

¿Cuáles son los contenidos que los padres han de ofrecer a sus hijos? El Papa Juan Pablo II, en *Familiaris consortio*, indica que el contenido de la educación cristiana debe incluir varios aspectos y debe ayudar a los cristianos a que valoren el don de la fe, que aprendan a dar culto a Dios por medio de la liturgia, que vivan la realidad de hombres nuevos, que conozcan a Cristo, que colaboren con el crecimiento del cuerpo místico, que sepan irradiar la esperanza cristiana, y que ayuden a extender el cristianismo en el mundo. El Papa, para indicar el contenido de la educación cristiana, cita el número 2 de la declaración *Gravissimum educationis* que dice lo siguiente:

El Concilio Vaticano II precisa así el contenido de la educación cristiana: «La cual no persigue solamente la madurez propia de la persona humana [...] sino que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don recibido de la fe, mientras se inician gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación; aprendan a adorar a Dios Padre en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23), ante todo en la acción litúrgica, formándose para vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad (Ef 4,22-24), y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo (cf. Ef 4,13), y contribuyan al crecimiento del Cuerpo místico. Conscientes, además, de su vocación, acostúmbrense a dar testimonio de la esperanza que hay en ellos (cf. 1 Pe 3,15) y a ayudar a la configuración cristiana del mundo»<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>4</sup> *FC*, 39.

<sup>5</sup> *Ibid.*

En el presente trabajo no se estudiarán todos los aspectos del contenido de la educación cristiana; serán analizados solo los siguientes: la educación en la fe, la educación a la oración y a la vida sacramental, y la educación a la caridad.

## I. Educación permanente en la fe

Tanto la Iglesia como la familia tienen necesidad de ser educadas continuamente en la fe. La razón la ofrece el Papa: «la pequeña Iglesia doméstica, como la gran Iglesia, tiene necesidad de ser evangelizada continua e intensamente. De ahí deriva su deber de educación permanente en la fe»<sup>6</sup>.

La fe, don de Dios al hombre, es también una virtud teologal y simultáneamente una disposición estable del espíritu, es decir, un hábito o actitud interior duradera. Por esto exige que el hombre creyente la cultive siempre, cooperando activa y conscientemente con la gracia que Dios le ofrece<sup>7</sup>.

La definición de fe que nos ofrece el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* es la siguiente:

La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha revelado, y que la Iglesia nos propone creer, dado que Dios es la Verdad misma. Por la fe, el hombre se abandona libremente a Dios; por ello, el que cree trata de conocer y hacer la voluntad de Dios, ya que «la fe actúa por la caridad» (Ga 5,6)<sup>8</sup>.

«El hogar cristiano es el lugar en que los hijos reciben el primer anuncio de la fe»<sup>9</sup> del cual, los padres, son los primeros mensajeros:

Por la gracia del sacramento del matrimonio, los padres han recibido la responsabilidad y el privilegio de evangelizar a sus hijos. Desde su primera edad, deberán iniciarlos en los misterios de la fe, de los que ellos son para sus hijos los «primeros [...] heraldos de la fe» (*Lumen gentium*, 11). Desde su más tierna infancia, deben asociarlos a la vida de la Iglesia. La forma de vida en la familia puede alimentar las disposiciones afectivas que, durante toda la vida, serán auténticos cimientos y apoyos de una fe viva<sup>10</sup>.

<sup>6</sup> FC, 51.

<sup>7</sup> JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 19 de junio de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII, I, 1919-1920. (La traducción está tomada de [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

<sup>8</sup> *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 386.

<sup>9</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1666.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 2225.

Los padres deben educar a sus hijos en la fe desde que son pequeños; para ello se preocuparán de darles un testimonio de vida llevada en consonancia con el Evangelio; han de ser ejemplo de oración y de participación activa en la vida parroquial:

La educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia. Esta educación se hace ya cuando los miembros de la familia se ayudan a crecer en la fe mediante el testimonio de una vida cristiana de acuerdo con el Evangelio. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece las otras formas de enseñanza de la fe. Los padres tienen la misión de enseñar a sus hijos a orar y a descubrir su vocación de hijos de Dios (cf. *Lumen gentium*, 11). La parroquia es la comunidad eucarística y el corazón de la vida litúrgica de las familias cristianas; es un lugar privilegiado para la catequesis de los niños y de los padres<sup>11</sup>.

En la familia se debe transmitir una fe genuina y fuerte, alimentada por la palabra de Dios, celebrada en los sacramentos y vivida en el testimonio<sup>12</sup>. Hablar de transmisión de la fe en las familias «quiere decir promover en ellas una sólida experiencia religiosa y defender así a los padres, a los hijos y a los ancianos del peligro de la indiferencia y de la dispersión»<sup>13</sup>.

La fe, que se recibe en el bautismo, debe desarrollarse. Y esto es posible mediante la educación cristiana que los hijos reciben en la familia:

El cristiano puede tender a su fin último solo a través de la fe (y de la gracia). Esta fe, con la cual él colabora activamente mediante el concurso de su inteligencia y el consentimiento de su voluntad, debe ser educada. El germen de esta fe, depositado en él con el bautismo, debe desarrollarse y, por otra parte, el joven cristiano no puede completarse sino haciendo crecer este germen que es favorecido por una educación cristiana<sup>14</sup>.

Para favorecer a la educación cristiana de sus hijos, los padres son los primeros que deben vivir su fe ejercitándola en todas las situaciones de la vida, así serán capaces de percibir en ellas la voluntad de Dios. Han de tener la voluntad de Dios como el único criterio para sus elecciones aun sabiendo

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, 2226.

<sup>12</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje enviado a los participantes de la XII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia*, 29 de septiembre de 1995, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XVIII,1, 672-677. (Las traducciones de este mensaje están tomadas del *Enchiridion de la familia. Documentos magisteriales y pastorales sobre la familia y la vida, 1965-1999*, Palabra, Madrid 2000, 938-939).

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> P. GOUYON, *L'educazione cristiana...*, 32.

que viviendo así se va contra corriente en el mundo actual<sup>15</sup>. Los padres son los primeros testigos de la fe para sus hijos:

Los padres no solo son los primeros sino, en la mayoría de los casos, también son los testimonios más importantes de la fe. Los niños se dan cuenta muy precozmente si es importante vivir en unión íntima con Dios; teniendo confianza de que Él nos guía, en la comunión con Jesucristo y advirtiendo que la fuerza del Espíritu Santo nunca falta. Advierten muy precozmente si sus padres aman a la Iglesia, el culto y los sacramentos, pero sobre todo advierten si ellos buscan seriamente vivir su fe<sup>16</sup>.

Para que la fe pueda ser transmitida en la familia es necesario el esfuerzo conjunto, relevante y urgente de la comunidad eclesial. Todo esto porque la Iglesia se enfrenta con sociedades cada vez más secularizadas y complejas, en las que los valores religiosos ya no están a la base, sino que hay en ellas una grande indiferencia<sup>17</sup>. Y también, porque vivimos «en un marco social y cultural en el que actúan múltiples fuerzas, que tienden a alejarnos de la fe y de la vida cristiana»<sup>18</sup>.

En la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida solo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio «yo». Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común. Así pues, es evidente que no solo debemos tratar de superar el relativismo en nuestro trabajo de formación de las personas; también estamos llamados a contrarrestar su predominio destructor en la sociedad y en la cultura. Por

<sup>15</sup> Cf. L. CICCONE, *Etica sessuale. Persona, matrimonio, vita verginale*, ARES, Milano 2004, 347.

<sup>16</sup> JUAN PABLO II, *Discurso al episcopado austriaco*, 24 de junio de 1988, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XI,2, 2151-2152. (La traducción al español es mía).

<sup>17</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje enviado a los participantes de la XII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia*, 29 de septiembre de 1995, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XVIII,1, 672-677.

<sup>18</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de apertura de la asamblea eclesial de la diócesis de Roma*, 6 de junio de 2005, en *Insegnamenti di Benedetto XVI*, Vol. I, 201.

eso, además de la palabra de la Iglesia, es muy importante el testimonio y el compromiso público de las familias cristianas<sup>19</sup>.

En estas sociedades los adolescentes, por el ambiente en el que viven, son inducidos hacia el secularismo y la indiferencia religiosa; en ello tienen bastante influjo los medios de comunicación y la escuela<sup>20</sup>. Este ambiente propone un estilo de vida que contrasta con la fe que las familias cristianas viven y buscan transmitir a sus hijos. Muchas veces esta transmisión de la fe encuentra obstáculos en la falta de diálogo entre padres e hijos. Otras veces la transmisión de la fe encuentra obstáculos como: el poco tiempo que los padres dedican a sus hijos por el trabajo; otras veces la dificultad viene cuando las familias se han dividido por el divorcio, aunque es bueno constatar que no pocas veces los cónyuges abandonados se esfuerzan para educar a sus hijos cristianamente<sup>21</sup>.

La familia cristiana está llamada a participar de un modo activo, propio, original y responsable en la misión que tiene la Iglesia de transmitir la fe. La participación de la familia en esta misión es complementaria a la misión de los pastores de la Iglesia. Por ello, si la familia no cumple su cometido la Iglesia se queda sin un elemento insustituible<sup>22</sup>.

Dado que participa de la vida y misión de la Iglesia, la cual escucha religiosamente la Palabra de Dios y la proclama con firme confianza, la familia cristiana vive su cometido profético acogiendo y anunciando la Palabra de Dios. Se hace así, cada día más, una comunidad creyente y evangelizadora<sup>23</sup>.

Para que la familia pueda ser transmisora de la fe es necesario que sus miembros «vivan una vida cristiana auténtica, que se traduce en testimonio diario, hecho de actitudes concretas y comunes, de atención al otro y a la comunidad doméstica en su conjunto»<sup>24</sup>. Para poder llevar esta vida cristiana

---

<sup>19</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de apertura de la asamblea eclesial de la diócesis de Roma*, 6 de junio de 2005, en *Insegnamenti di Benedetto XVI*, Vol. I, 206-207.

<sup>20</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje enviado a los participantes de la XII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia*, 29 de septiembre de 1995, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XVIII,1, 672-677.

<sup>21</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> *FC*, 51.

<sup>24</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje enviado a los participantes de la XII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia*, 29 de septiembre de 1995, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XVIII,1, 672-677.

auténtica, la familia necesita poner los medios específicos y aplicar modalidades peculiares:

Ante todo, el contacto constante con la comunidad cristiana, con la parroquia y con los momentos que ella ofrece para la alimentación de la fe. En particular, debe subrayarse la importancia de la santificación del domingo: en él los miembros de las familias pueden renovarse juntos en las fuentes de la Palabra y de los sacramentos. En efecto, la familia, aun siendo Iglesia, no es autosuficiente por lo que respecta a los medios de la salvación. [...] Además las diversas formas de catequesis parroquial o de participación en los movimientos de espiritualidad son necesarias no solo para los niños y los jóvenes, sino sobre todo para los cónyuges. Por otra parte, es importante que también entre las paredes domésticas se vivan momentos significativos de fe. [...] La familia cristiana sabe crear momentos sencillos pero intensos: meditar juntos una página de la Escritura, leer un salmo y rezar el rosario meditando los misterios del Señor y de la Sagrada Familia. La santificación del trabajo, doméstico y externo, encuentra apoyo interior en estos valiosos momentos de recogimiento que culminan en la ofrenda espiritual de la misa dominical<sup>25</sup>.

Además de estos medios hay un sin número de ocasiones en los que los miembros de la familia pueden ejercitar su fe, por ejemplo:

El nacimiento de un hijo, el bautismo y los de más sacramentos de la iniciación cristiana, que implican a los padres en la preparación. ¿Y qué decir de los momentos de prueba, de tentación y de dolor? Afrontar las situaciones difíciles fortalece la fe de las familias; si encuentran la luz de la palabra de Dios y la solidaridad de los hermanos<sup>26</sup>.

Otro medio necesario para que la familia pueda vivir una auténtica vida cristiana y poder transmitir la fe es el de ayudar a los hijos a formar una conciencia capaz de aceptar los criterios de la fe:

No deberá descuidarse la formación de las conciencias para la aceptación de los criterios de fe frente a los desafíos culturales y sociales. Esto es necesario, sobre todo, para los niños y los adolescentes, que, insertándose en la sociedad y haciendo uso de los medios de comunicación, también entran en contacto con modelos de pensamiento y de comportamiento diferentes de los inspirados por la fe cristiana. En el período de la adolescencia frecuentemente se interrumpe la transmisión de la fe. Eso sucede a menudo en las situaciones en las que falta el diálogo con los padres y la confrontación con la fe de los adultos. La aparición de la conciencia crítica y del sentido de la

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*

personalidad en el adolescente, si va acompañada por testimonios auténticos de fe, no solo evitará que se sienta perdido, sino que, por el contrario, lo conducirá a la elaboración de un proyecto de vida adecuado<sup>27</sup>.

Una familia en la que la oración, la ayuda amorosa y la formación en la fe son objeto de una constante preocupación, aportará innumerables beneficios no solo para los mismos miembros de la familia, sino también para la Iglesia y la sociedad<sup>28</sup>.

Las familias cristianas constituyen un recurso decisivo para la educación en la fe, para la edificación de la Iglesia como comunión y su capacidad de presencia misionera en las situaciones más diversas de la vida, así como para ser levadura, en sentido cristiano, en la cultura generalizada y en las estructuras sociales<sup>29</sup>.

Una vez analizada la importancia de la familia para la educación de los hijos en la fe, pasemos a examinar el tema de la educación a la oración y a la vida sacramental.

## II. Educación a la oración y a la vida sacramental

El Papa Juan Pablo II recuerda a los padres que tienen la responsabilidad primaria de enseñar a sus hijos a rezar. Lo dice en estos términos:

Quisiera que [...] regresara a vuestras casas con esta convicción profunda: tenemos que orar en familia cada día; tenemos la responsabilidad primaria de enseñar a nuestros hijos a orar, convencidos de que «un elemento fundamental e insustituible de la educación para la plegaria es el ejemplo concreto, el testimonio vivo de los padres» (*FC*, 60, 2)<sup>30</sup>.

---

<sup>27</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje enviado a los participantes de la XII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia*, 29 de septiembre de 1995, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XVIII,1, 672-677.

<sup>28</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Filipinas*, 19 de febrero de 1981, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. IV,1, 414. (La traducción está tomada de: A. SARMIENTO FRANCO - J. ESCRIVÁ IVARS, *Enchiridion Familiae*, Rialp, Madrid 1992, Vol. IV, 3056; de ahora en adelante se citará solamente como *Enchiridion Familiae*).

<sup>29</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de apertura de la asamblea eclesial de la diócesis de Roma*, 6 de junio de 2005, en *Insegnamenti di Benedetto XVI*, Vol. I, 201.

<sup>30</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a las familias provenientes de todo el mundo*, 25 de marzo de 1984, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VII,1, 785. (La traducción está tomada de *Enchiridion Familiae*, Vol. V, 4061).



«La familia como célula de la sociedad es piedra viva de la comunidad eclesial y, al mismo tiempo, también el primer lugar de oración»<sup>31</sup>. «La familia es una “Iglesia doméstica”. La Iglesia es un lugar en el que nos reunimos, pero sobre todo, es el lugar en el cual rezamos»<sup>32</sup>. Las conversaciones que se tienen en familia son conversaciones abiertas y francas. En ellas se comunica todo: lo que se piensa, lo que se hace, lo que se dice, lo que se es. Esta apertura es posible porque estamos seguros de que seremos escuchados y comprendidos<sup>33</sup>; la conversación de los miembros de la familia los prepara para la oración: «Este “entretenerse” en familia es un gimnasio para el “entretenerse” con Dios que es la oración: escuchar lo que Él dice y hablarle»<sup>34</sup>.

Juan Pablo II explica que la oración y los sacramentos deben ocupar un lugar muy importante en la vida de la familia cristiana. Solo si la familia le da a la oración y a los sacramentos el lugar que tienen, podrá cumplir su vocación de ser un signo del amor de Dios en el mundo:

La familia cristiana está llamada a ser en el mundo un signo del amor fiel de Dios a su pueblo. Pero para poder serlo, la familia cristiana es invitada ante todo a recibir y a llenarse del amor de Dios. Pues la familia ha sido destinada por la Providencia a ser una comunidad en diálogo con Dios. Por ello, la oración y los sacramentos deben ocupar un lugar prominente en la vida familiar<sup>35</sup>.

Como en todos los campos de la educación, también en la educación a la oración es muy importante el ejemplo de los padres:

Elemento fundamental e insustituible de la educación a la oración es el ejemplo concreto, el testimonio vivo de los padres; solo orando junto con sus hijos, el padre y la madre, mientras ejercen su propio sacerdocio real, calan profundamente en el corazón de sus hijos, dejando huellas que los posteriores acontecimientos de la vida no lograrán borrar<sup>36</sup>.

<sup>31</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Liechtenstein*, 8 de septiembre de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,2, 612-614. (La traducción está tomada de *Enchiridion Familiae*, Vol. V, 4320).

<sup>32</sup> M.A. MAGRASSI, *La preghiera nella famiglia*, en *Quaderni de L'Osservatore Romano*, Collana diretta da Mario Agnes, Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1994, Vol. 24, 105. (Las traducciones de este artículo son mías).

<sup>33</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>34</sup> M.A. MAGRASSI, *La preghiera nella famiglia*, 105.

<sup>35</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Uhuru Park - Nairobi (Kenya)*, 18 de agosto de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,2, 463-464. (La traducción está tomada de *Enchiridion Familiae*, Vol. V, 4315).

<sup>36</sup> *FC*, 60.

Hay una relación profunda y vital entre la oración de la comunidad familiar y la oración litúrgica de la Iglesia. De hecho, una de las finalidades de la primera es la de servir de preparación para la segunda, como explica el Concilio Vaticano II.

Una finalidad importante de la plegaria de la Iglesia doméstica es la de constituir para los hijos la introducción natural a la oración litúrgica propia de toda la Iglesia, en el sentido de preparar a ella y de extenderla al ámbito de la vida personal, familiar y social. De aquí deriva la necesidad de una progresiva participación de todos los miembros de la familia cristiana en la Eucaristía, sobre todo los domingos y días festivos, y en los otros sacramentos, de modo particular en los de la iniciación cristiana de los hijos<sup>37</sup>.

Otra finalidad de la oración es la de llevarnos a la conversión: «La oración tiene por finalidad nuestra conversión, es decir, como explicaba San Cipriano, la disponibilidad interior y exterior, la voluntad de abrirse a la acción transformante de la gracia»<sup>38</sup>.

En *Familiaris consortio* se explica que la oración privada presenta gran variedad de formas, entre las que se mencionan: Las oraciones de la mañana y de la noche, la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, la preparación a los sacramentos, la devoción y consagración al Corazón de Jesús, las varias formas de culto a la Santísima Virgen María, la bendición de la mesa y las expresiones de la religiosidad popular<sup>39</sup>.

Entre las varias formas de culto a la Santísima Virgen María el rosario tiene una particular importancia. Al tema del rosario el Papa Juan Pablo II le dedicó la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*. En ella recomienda vivamente el rezo del rosario en familia. Explica que el rosario es una oración para pedir a Dios por la paz del mundo; que es una oración que ayuda a combatir las fuerzas disgregadoras que atacan a la familia, que es una oración de y por la familia, que es una oración que ayuda a contemplar los misterios de la vida de Cristo, que es una oración que ayuda a combatir las dificultades que impiden la comunicación en la familia y que es una oración por los hijos. Recomienda a los padres que recen el rosario junto con sus hijos<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> FC, 61.

<sup>38</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje para la jornada mundial de las misiones*, 7 de junio de 1981, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. IV,2, 73-76. (La traducción está tomada de www.vatican.va).

<sup>39</sup> Cf. FC, 61.

<sup>40</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, 16 de octubre de 2002, 6, 41 y 42, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XXV,2, 522-551. (La traducción está tomada de www.vatican.va).

La oración no es algo accidental sino esencial en la vida de todo cristiano. «No hay que olvidar nunca que la oración es parte constitutiva y esencial de la vida cristiana considerada en su integridad y profundidad»<sup>41</sup>. Si esto es así, también la oración en familia es muy importante e influye mucho en la vida de cada uno de sus miembros; los ayuda a cultivar las virtudes sobrenaturales, los une entre sí y los ayuda a infundir el espíritu cristiano en la sociedad:

La oración es esencial para la vida de cualquier cristiano; pero la oración en familia tiene su propio carácter específico. Por tratarse de una forma de oración participada, tiene que ser configurada y adaptada de acuerdo con las dimensiones y el carácter de cada familia. Pocas actividades influyen tan profundamente en una familia como su oración en común. La oración transmite reverencia hacia Dios y respeto hacia los demás; sitúa las alegrías y las penas, las esperanzas y las desilusiones, todos los acontecimientos y circunstancias en la perspectiva de la misericordia y la providencia de Dios. La oración en familia abre el corazón de cada uno de sus miembros al Sagrado Corazón de Jesús y ayuda a la familia a estar más unida y más dispuesta a servir a la Iglesia y a la sociedad<sup>42</sup>.

Otro texto del Papa que nos ayuda a entrever la importancia que tiene la oración para la familia cristiana es el siguiente:

Es muy importante la oración en la comunidad familiar: la oración de los padres con los hijos, la oración común de los esposos, y antes aún la oración de los novios. Por la oración especialmente se transforma la familia en «iglesia doméstica», a la que los antiguos escritores cristianos llamaban con acierto «iglesita», pequeña iglesia<sup>43</sup>.

Para entender la importancia de la oración también ayuda examinar cuáles son los frutos que de ella se derivan: la unidad de la familia y la salvación de sus miembros. «Una familia que reza unida, se mantiene unida; una familia que ora es una familia que se salva. ¡Actuad de manera que vuestras casas sean lugares de fe cristiana y de virtud, mediante la oración rezada todos juntos!»<sup>44</sup>.

<sup>41</sup> FC, 62.

<sup>42</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Uhuru Park - Nairobi (Kenya)*, 18 de agosto de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,2, 463-464.

<sup>43</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en la parroquia de la Asunción de Santa María Virgen en Tusculano (Italia)*, 10 de febrero de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,1, 464. (La traducción está tomada de *Enchiridion Familiae*, Vol. V, 4257).

<sup>44</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a las familias provenientes de todo el mundo*, 25 de marzo de 1984, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VII,1, 785.

Otros frutos de la oración son la posibilidad de renovarse en la búsqueda del bien y en el sentido de Dios, y el ofrecer un ambiente favorable para que puedan florecer las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada:

Que no falte en las familias la oración en común, según las mejores tradiciones de vuestros pueblos, a fin de ir renovándose constantemente en el bien y en el sentido de Dios. En ese clima podrán florecer las necesarias vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, que son signo de bendición y de predilección por parte de Dios<sup>45</sup>.

Hay una relación directa entre la oración de la familia cristiana y su participación en la vida y la misión de la Iglesia. Este hecho también muestra la importancia de la oración: «La efectiva participación en la vida y misión de la Iglesia en el mundo es proporcional a la fidelidad e intensidad de la oración con la que la familia cristiana se una a la Vid fecunda, que es Cristo»<sup>46</sup>.

La oración es, pues, esencial en la vida del cristiano y de la familia cristiana, pero, para muchos es difícil rezar y no siempre se entiende su importancia:

A pesar de la gran renovación registrada por doquier, continúa siendo difícil para muchos cristianos, que rezan poco. A veces incluso se preguntan: ¿Para qué sirve rezar? ¿Es compatible con nuestro sentido moderno de eficiencia? ¿No hay quizá algo de mezquino en el responder con la oración a las necesidades materiales y espirituales del mundo?<sup>47</sup>

El Papa en el mismo mensaje dice que ante estos problemas las familias cristianas están llamadas a mostrar que «la oración cristiana es inseparable de nuestra fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de nuestra fe en su amor y en su potencia redentora, que actúa en el mundo. Por eso, nuestra oración debe ser ante todo ésta: “Señor, acrecienta nuestra fe” (Lc 17 6)»<sup>48</sup>. El Pontífice continúa diciendo que es muy importante el ejemplo de los padres y de la comunidad cristiana para que los hijos puedan buscar a Dios y tengan una visión cristiana de la vida:

La oración de los padres, como la de la comunidad cristiana, será para los hijos una iniciación en la búsqueda de Dios y en la escucha de sus invitaciones. El testimonio de vida encuentra entonces todo su valor. Supone que los

<sup>45</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa del encuentro con las familias cristianas de Panamá*, 5 de mayo 1983, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VI,1, 579-586.

<sup>46</sup> *FC*, 62.

<sup>47</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje para la jornada mundial de las misiones*, 7 de junio de 1981, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. IV,2, 73-76.

<sup>48</sup> *Ibid.*

hijos aprendan en familia, como consecuencia normal de la oración, a tener una visión cristiana del mundo según el Evangelio<sup>49</sup>.

El cristiano por ser templo de Dios está llamado a rezar venciendo la tentación de la pereza: «La cuestión clave es: que todo hombre rece [...] que no se aleje de la oración, que no se deje nunca vencer por la tentación de no rezar, de la pereza espiritual [...], que regrese a la oración, aún a costa de los más grandes esfuerzos»<sup>50</sup>.

«El matrimonio y la familia deben ser una escuela de fe y un lugar de oración común. Le atribuyo precisamente a la oración en familia un grande significado. Esta oración da fuerza para superar muchos problemas y dificultades»<sup>51</sup>, porque la oración diaria es necesaria para todos independientemente de su edad o vocación:

Ciertamente, los fieles que han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración están llamados de manera particular a la oración: por su naturaleza, la consagración les hace más disponibles para la experiencia contemplativa, y es importante que ellos la cultiven con generosa dedicación. Pero se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no solo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición. Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral<sup>52</sup>.

Juan Pablo II afirma que la oración es la fuerza que cambia nuestra vida porque en ella nos encontramos con Cristo, por ello exhorta a todos a orar independientemente de su edad o de su vocación: «Os exhorto a todos, niños, muchachos y adultos, laicos y sacerdotes, religiosos y religiosas, sanos y enfermos, impedidos y ancianos: ¡orad! Sí, manteneros fieles a la oración

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en la parroquia de la Asunción de Santa María Virgen en Tusculano (Italia)*, 10 de febrero de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,1, 464-465.

<sup>51</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Colonia (Alemania)*, 15 de noviembre de 1980, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. III,2, 1188-1196. (La traducción al español es mía).

<sup>52</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio ineunte*, 6 de enero de 2001, 36, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XXIV,1, 87-127. (La traducción está tomada de [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

cotidiana. La oración es la fuerza que verdaderamente cambia y libera nuestra vida; en la oración tiene lugar el auténtico “encuentro con la vida”»<sup>53</sup>.

La oración es la primera condición para que las familias cumplan los deberes que Cristo y la Iglesia les proponen, por ello el Papa exhorta: «Recemos para que las familias cristianas oren; para que oren mucho. Es la primera condición para que cumplan los deberes que Cristo y la Iglesia les proponen»<sup>54</sup>.

La transformación del mundo se realiza por medio de la promoción humana. La familia cristiana está llamada a ofrecer su servicio a esta transformación, pero será capaz de prestar este servicio solo por medio de la oración y de la participación litúrgica: «de la unión vital con Cristo, alimentada por la liturgia, de la ofrenda de sí mismo y de la oración deriva también la fecundidad de la familia cristiana en su servicio específico de promoción humana, que no puede menos de llevar a la transformación del mundo»<sup>55</sup>.

Con todo nuestro corazón debemos animar la oración familiar y la vida sacramental de la familia, centrada en torno a la Eucaristía. Porque la vitalidad de la familia cristiana deriva de su unión con Cristo en la vida de gracia que está alimentada por medio de la liturgia y a través de la oración familiar<sup>56</sup>.

El Papa explica que los sacramentos, en especial la Eucaristía y la confesión, deben ocupar un lugar muy especial en la vida de la familia:

Lo más importante de todo es la Eucaristía, en la que se conmemora y renueva la alianza de amor de Cristo con la Iglesia y en la que el esposo y la esposa encuentran fuerza y alimento para su propia alianza matrimonial. El sacramento de la Penitencia ofrece a los miembros de la familia la gracia necesaria para la conversión y para la superación de cualquier división que el pecado haya podido provocar en un hogar. «Mientras mediante la fe descubren cómo el pecado contradice no solo la alianza con Dios, sino también la alianza de los cónyuges y la comunión de la familia, los esposos y todos los miembros de la familia son alentados al encuentro con Dios ‘rico en mi-

<sup>53</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Liechtenstein*, 8 de septiembre de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,2, 612-616.

<sup>54</sup> JUAN PABLO II, *Ángelus*, 12 de octubre de 1980, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. III,2, 850. (La traducción está tomada de [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

<sup>55</sup> *FC*, 62.

<sup>56</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a los obispos de Estados Unidos de América en visita «ad limina apostolorum»*, 24 de septiembre de 1983, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VI,2, 627.

sericordia', el cual, infundiendo su amor más fuerte que el pecado, reconstruye y perfecciona la alianza conyugal y la comunión familiar» (FC, 58)<sup>57</sup>.

A su vez, en la carta *Dies Domini*, el pontífice exhorta a los padres a que eduquen a sus hijos a participar en la Misa dominical:

Se ha de recordar que corresponde ante todo a los padres educar a sus hijos para la participación en la Misa dominical, ayudados por los catequistas, los cuales se han de preocupar de incluir en el proceso formativo de los muchachos que les han sido confiados la iniciación a la Misa, ilustrando el motivo profundo de la obligatoriedad del precepto. A ello contribuirá también, cuando las circunstancias lo aconsejen, la celebración de Misas para niños, según las varias modalidades previstas por las normas litúrgicas<sup>58</sup>.

En una homilía, Juan Pablo II estimulaba a cumplir el precepto dominical como una manifestación concreta de amor a Dios: «Manifestad a Dios, por medio de la fiel participación en las celebraciones eucarísticas del domingo y de los días feriales, que lo amáis y honráis sobre todas las cosas y al mismo tiempo, estad dispuestos a dar a este amor una expresión concreta y comunitaria»<sup>59</sup>.

Los padres cristianos son los primeros mensajeros del Evangelio ante sus hijos; su testimonio es muy importante para poder desempeñar su ministerio de educadores:

En virtud del ministerio de la educación los padres, mediante el testimonio de su vida, son los primeros mensajeros del Evangelio ante los hijos. Es más, rezando con los hijos, dedicándose con ellos a la lectura de la Palabra de Dios e introduciéndolos en la intimidad del Cuerpo —eucarístico y eclesial— de Cristo mediante la iniciación cristiana, llegan a ser plenamente padres, es decir engendrados no solo de la vida corporal, sino también de aquella que, mediante la renovación del Espíritu, brota de la Cruz y Resurrección de Cristo<sup>60</sup>.

Una vez examinada la importancia de la oración y de la vida sacramental para la educación cristiana de los hijos, pasemos al tema de la caridad, la cual es el corazón del mensaje cristiano.

<sup>57</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Uhuru Park - Nairobi (Kenya)*, 18 de agosto de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,2, 463-464.

<sup>58</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, 31 de mayo de 1998, 36, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XXI,1, 1127-1190. (La traducción está tomada de [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

<sup>59</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en Liechtenstein*, 8 de septiembre de 1985, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,2, 612-614.

<sup>60</sup> FC, 39.

### III. Educación a la caridad

Un aspecto esencial de la educación cristiana de los hijos es educarlos a la caridad. Consideremos qué es la caridad según el *Compendio del Catecismo de la Iglesia*:

La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios. Jesús hace de ella el mandamiento nuevo, la plenitud de la Ley. Ella es «el vínculo de la perfección» (Col 3,14) y el fundamento de las demás virtudes, a las que anima, inspira y ordena: sin ella «no soy nada» y «nada me aprovecha» (1 Co 13,2-3)<sup>61</sup>.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que «la caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión»<sup>62</sup>.

La caridad ha de vivirse primero en el seno de la familia. Cuando en una familia se practica la caridad existe una gran comunión de personas y un grande respeto entre todos sus miembros; todas estas virtudes no tardarán en extenderse hacia fuera de la familia:

Animada y sostenida por el mandamiento nuevo del amor, la familia cristiana vive la acogida, el respeto, el servicio a cada hombre, considerado siempre en su dignidad de persona y de hijo de Dios. Esto debe realizarse ante todo en el interior y en beneficio de la pareja y la familia, mediante el cotidiano empeño en promover una auténtica comunidad de personas, fundada y alimentada por la comunión interior de amor. Ello debe desarrollarse luego dentro del círculo más amplio de la comunidad eclesial en el que la familia cristiana vive. Gracias a la caridad de la familia, la Iglesia puede y debe asumir una dimensión más doméstica, es decir, más familiar, adoptando un estilo de relaciones más humano y fraterno<sup>63</sup>.

Juan Pablo II hacía ver que el ideal del cristiano es la vivencia de la caridad y más que nunca en nuestros tiempos: «La caridad debe ser de verdad el ideal del cristiano siempre, pero especialmente en nuestra sociedad moderna tan necesitada de bondad, comprensión, misericordia, paciencia, perdón, entrega. Vivid, pues, con gran alegría el ideal de la caridad»<sup>64</sup>.

<sup>61</sup> *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 388.

<sup>62</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1829.

<sup>63</sup> FC, 64.

<sup>64</sup> JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 20 de febrero de 1980, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol.III,1, 431-432. (La traducción está tomada de www.vatican.va).



Con la renovada proclamación del mandamiento nuevo de la caridad, la Iglesia anima y guía a la familia cristiana al servicio del amor, para que imite y reviva el mismo amor de donación y sacrificio que el Señor Jesús nutre hacia toda la humanidad<sup>65</sup>.

«Con su ejemplo, más aún que con sus palabras, los padres enseñarán a sus propios hijos a ser generosos con los más débiles, a compartir su fe y sus bienes materiales con los niños y jóvenes que todavía no conocen a Cristo o que son las primeras víctimas de la pobreza e ignorancia»<sup>66</sup>. Los padres han de ser conscientes de que «las diferencias entre las personas obedecen al plan de Dios que quiere que nos necesitemos los unos a los otros. Esas diferencias deben alentar la caridad»<sup>67</sup>. Las familias cristianas han de practicar esta caridad según el espíritu del Evangelio, es decir, viendo en todos los hombres la imagen de Dios:

Para que el servicio al hombre sea vivido en la familia de acuerdo con el estilo evangélico, hay que poner en práctica con todo cuidado lo que enseña el Concilio Vaticano II: «Para que este ejercicio de la caridad sea verdaderamente irreprochable y aparezca como tal, es necesario ver en el prójimo la imagen de Dios, según la cual ha sido creado, y a Cristo Señor, a quien en realidad se ofrece lo que al necesitado se da» (*Apostolicam actuositatem*, 8)<sup>68</sup>.

En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en el número 50, el Papa, hace ver que hoy en día millones de personas se han quedado al margen del progreso y viven en condiciones que lesionan su dignidad. Presenta ante los ojos de los cristianos el panorama de las ingentes necesidades de los hombres de nuestro tiempo y hace un apelo a hacer un acto de fe en Cristo y continuar con la tradición de la caridad que ha tenido muchísimas manifestaciones en los siglos precedentes. Exhorta a corroborar con la caridad de las obras la caridad de las palabras<sup>69</sup>. Por ello,

La familia debe vivir de manera que sus miembros aprendan el cuidado y la responsabilidad respecto de los pequeños y mayores, de los enfermos o disminuidos, y de los pobres. Numerosas son las familias que en ciertos momentos no se hallan en condiciones de prestar esta ayuda. Corresponde entonces a otras personas, a otras familias, y subsidiariamente a la sociedad,

<sup>65</sup> FC, 49.

<sup>66</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje para la jornada mundial de las misiones*, 7 de junio de 1981, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. IV,2, 73-76.

<sup>67</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1946.

<sup>68</sup> FC, 64.

<sup>69</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 50.

proveer a sus necesidades. «La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo» (St 1, 27)<sup>70</sup>.

La caridad a la que está llamada la familia cristiana es universal, es decir ha de dirigirse hacia toda la sociedad sin encerrarse en sí misma:

La familia cristiana, mientras con la caridad edifica la Iglesia, se pone al servicio del hombre y del mundo, actuando de verdad aquella «promoción humana», cuyo contenido ha sido sintetizado en el Mensaje del Sínodo a las familias: «Otro cometido de la familia es el de formar los hombres al amor y practicar el amor en toda relación humana con los demás, de tal modo que ella no se encierre en sí misma, sino que permanezca abierta a la comunidad, inspirándose en un sentido de justicia y de solicitud hacia los otros, consciente de la propia responsabilidad hacia toda la sociedad»<sup>71</sup>.

Los esposos cristianos, en virtud de la gracia recibida en el sacramento del matrimonio, están llamados a trabajar en el apostolado en favor de las familias y han de tener en cuenta que,

Este apostolado se desarrollará sobre todo dentro de la propia familia, con el testimonio de la vida vivida conforme a la ley divina en todos sus aspectos, con la formación cristiana de los hijos, con la ayuda dada para su maduración en la fe, con la educación en la castidad, con la preparación a la vida, con la vigilancia para preservarles de los peligros ideológicos y morales por los que a menudo se ven amenazados, con su gradual y responsable inserción en la comunidad eclesial y civil, con la asistencia y el consejo en la elección de la vocación, con la mutua ayuda entre los miembros de la familia para el común crecimiento humano y cristiano, etc. El apostolado de la familia, por otra parte, se irradiará con obras de caridad espiritual y material hacia las demás familias, especialmente a las más necesitadas de ayuda y apoyo, a los pobres, los enfermos, los ancianos, los minusválidos, los huérfanos, las viudas, los cónyuges abandonados, las madres solteras y aquellas que en situaciones difíciles sienten la tentación de deshacerse del fruto de su seno, etc.<sup>72</sup>.

## **Conclusión**

En este trabajo, dedicado a la educación propiamente cristiana, se vio que los padres, en virtud del sacramento del matrimonio, quedan consagrados a

---

<sup>70</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2208.

<sup>71</sup> *FC*, 64.

<sup>72</sup> *Ibid.*, 71.

la educación cristiana de sus hijos. La gracia que reciben en este sacramento los capacita y los fortalece con una ayuda especial del Espíritu Santo para ello.

Hablando del contenido de la educación cristiana se ha dicho que abarca numerosos aspectos: valorar y vivir el don de la fe recibida en el bautismo, el conocimiento de Cristo, la práctica de la caridad, el esfuerzo por hacer crecer el cuerpo místico de Cristo, la vivencia de la oración y de los sacramentos, el saber dar testimonio de la esperanza cristiana, etc.

Al exponer el tema de la educación en la fe se dijo que los padres están llamados a anunciar la fe por primera vez a sus hijos desde que son pequeños; han de hacerlo continuamente ya que la fe es una virtud y como tal debe cultivarse incesantemente. Son los padres quienes, con su ejemplo de coherencia en la vivencia de la fe, dan un lúcido testimonio a sus hijos y se convierten en auténticos transmisores de la fe. Se mencionaron algunas de las dificultades que enfrentan los padres para transmitir la fe a sus hijos. La principal dificultad proviene de la sociedad actual, profundamente secularizada e infectada por el relativismo, que contrasta fuertemente los criterios de la fe. También se ofrecieron algunos medios de los cuales deben servirse para poder transmitir la fe a sus hijos. Entre ellos se encuentra la participación a la misa dominical, la búsqueda de la voluntad de Dios como único criterio válido para guiar el obrar cotidiano, etc.

En el apartado de la oración y de la vida sacramental, se vio la relación estrecha que existe entre ellos, ya que la oración hecha en familia prepara e introduce a la oración litúrgica de la Iglesia. Los padres tienen la obligación primaria de educar a sus hijos a la oración, rezando con ellos y dándoles el propio ejemplo de oración. Se vieron los frutos de la oración hecha en familia: la unión, la salvación eterna de sus miembros, fuerza para la superación de los problemas, etc.; de ello se entiende fácilmente que la oración es esencial en la vida de todo cristiano y de toda familia. Fueron expuestos varios tipos de oración a los que el Papa Juan Pablo II invita a las familias. La vitalidad de la familia depende de su unión con Cristo la cual se alcanza mediante los sacramentos en especial de la Eucaristía y la confesión.

En el apartado de la caridad fue visto que es la virtud teologal más importante. San Pablo dice que el que no tiene caridad no es nada. Por ello los padres han de preocuparse por dar a sus hijos ejemplo de las tres virtudes teologales y muy especialmente de la caridad. La caridad es difusiva; si se vive dentro de la familia no tardará en manifestarse hacia afuera con obras concretas de caridad. La familia que vive la caridad descubre a Cristo en todos los hombres y es creativa en las manifestaciones de caridad material y espiritual.

Me parece importante resaltar que el concepto de educación depende del concepto que se tenga de persona y de su destino. Ello pone de manifiesto la necesidad que hay hoy de una sana antropología, es decir, la necesidad de que se tenga un concepto de persona que esté de acuerdo con la realidad: la persona es una unidad de cuerpo y alma<sup>73</sup>, y su fin último es Dios<sup>74</sup>. Ya que el fin último del hombre es Dios, una de las tareas principales del educador es educar para la comunión con Dios.

La educación es un proceso largo y difícil, pero es necesario para que el hombre pueda completarse. Su misma naturaleza lo exige. Así mismo, es necesario sostener la posibilidad que la persona tiene de conocer la verdad y el bien, sin los cuales su vida pierde el sentido. El amor y la verdad son la meta a la que está llamado todo hombre, y los padres y los otros educadores han de ser testigos de que esto es posible.

El derecho-deber de la tarea educativa de los padres se fundamenta en la realidad de que ellos son educadores porque son padres. La tarea educativa de los padres, me parece, es una espada de dos filos. Por un lado, da a los padres el derecho primario de educar a sus hijos y por ello todos los demás educadores prestan solo una ayuda subsidiaria. Por otro lado, la tarea educativa es un deber de los padres; funciona como arma contra los mismos padres cuando sientan la tentación de delegar totalmente a otros la misión de educar a sus hijos.

Una buena educación debe ayudar al educando a usar bien de su libertad. También uno de los cometidos esenciales de la educación es lograr que el educando sea una persona responsable, es decir que responda a Dios, a los demás y a sí mismo. Ante las dificultades resulta indispensable la esperanza en Dios, que es la que al fin de cuentas sostendrá tanto al educador como al educando en el largo y fatigoso proceso de la educación.

La actividad procreativa y educadora de la familia es un reflejo de la obra creadora de Dios. La familia es insustituible en la labor educativa. Esta labor es su objetivo esencial y su tarea principal. El valor más importante en el que los padres han de educar a sus hijos es, sin duda, el amor. Es en la familia donde se aprende a amar y a ser amado, y cuando se ama se aprende lo que quiere decir ser una persona. La vitalidad de la familia depende de su unión con Cristo la cual se alcanza por medio de la oración y de los sacramentos, en especial de la Eucaristía y de la confesión.

---

<sup>73</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 14.

<sup>74</sup> *Ibid.*, 41.